

En el marco de estas disputas, aquellos pobres católicos tradicionales no parecen tener otra opción que mirar cómo la imposición de manos, el don de discernimiento, el de lenguas, van de un templo a otro al mismo tiempo que se debe decidir si se olvida a los difuntos o no, si se entierra a los muertos en el cementerio o no y si se sacrifica a un toro para evitar represalias ancestrales. Se trata, como ya he dicho, de un ejemplo de las enormes complejidades que esperan agazapadas detrás de términos a veces tan amplios y tan claros como sincretismo o conversión. Vale la pena su lectura para darse cuenta de que el cambio y la innovación nunca se llevan a cabo olvidando, sino refuncionalizando.

• • •

Inauguración de la exposición fotográfica colectiva *¡Viva el Bicentenario, viva Santa Rosa Xochiac!*

Esther Gallardo González*

El 28 de febrero del presente se inauguró en el Museo de El Carmen la exposición fotográfica colectiva *¡Viva el Bicentenario, viva Santa Rosa Xochiac!*, en la que se muestra una colección de 61 imágenes que dan cuenta de los festejos de Independencia celebrados en el pueblo de Santa Rosa Xochiac.

La exposición es producto del Seminario Permanente de Semiótica de la Imagen y Antropología Visual de la DEAS y muestra fotografías de principios y mediados del siglo pasado, en blanco y negro, facilitadas por los vecinos del pueblo. Especial mención merecen las imágenes obtenidas en el trabajo de campo realizado en 2010 por fotógrafos como Juan Román Berrelleza, Teresa Mora Vázquez y Esther Gallardo González, miembros del citado semina-

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

rio. Asimismo se contó con un registro en blanco y negro de María Constanza Motta en torno del chimo –un judas elaborado en papel maché por los vecinos del pueblo–. La museografía estuvo a cargo de Armando Amador Islas.

Alrededor de las siete de la noche los vecinos de Santa Rosa Xochiac, San Lorenzo Huipulco, San Francisco Tlaltenco, Los Reyes Coyoacán y algunos pueblos más se congregaron para la inauguración, a cargo de la directora de la DEAS, la maestra Carmen Morales Valderrama, quien reconoció el gran trabajo realizado para presentarla, así como la importancia de estar en un recinto como el Museo de El Carmen, en San Ángel, que es un lugar de suma importancia en la relación de los pueblos de la demarcación.

Tras el recorrido inaugural se organizó un convivio, que desde luego no podía faltar, con música y bocadillos; para ello se contó con la presencia del grupo Soquiac, de Santa Rosa Xochiac, que interpretó canciones que relatan historias de su pueblo. El festejo no pudo tener mejor marco que los muros coloniales que envolvieron a todos los asistentes en una atmósfera exquisita. Por último se invitó a una visita guiada programada para el 3 de marzo a las 11 horas. La muestra estuvo abierta al público hasta el 10 de marzo.

• • •

Raquel Padilla Ramos, *Los irredentos parias. Los yaquis, Madero y Pino Suárez en las elecciones de Yucatán, 1911*, México, INAH, 2011.

Francisco Ramírez Arroyo*

Imaginemos que hemos abordado un tren, el del santo oficio de la memoria, el de los espejismos del tiempo, el de la búsqueda de las

* Dirección de Etnología y Antropología Social-Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

constataciones y precisiones de los hechos. El tren que “recorre recorridos...” Y que para otras ópticas ese tren también representa un recorrido. El libro que ahora reseño es la máquina que recorre un conjunto de eventos propios de un periodo fundamental en la historia nacional y al mismo tiempo es un eco resonante en la memoria de los yaquis, no necesariamente grato, pero un eco latente: hablar de la deportación a Yucatán y el sueño de la repatriación, pero quizá un factor decisivo para sostener todo tipo de esperanza es el de la conciencia de grupo, sustento, manejo y adecuación de las costumbres en tierra lejana.

Ahora nuestros ojos serán como el tren que recorre una ruta de conocimiento, de anécdotas y reflexión en cuanto al contexto vivido por *Los irredentos parias*, libro de Raquel Padilla Ramos cuyo título es tomado de *La Revista de Mérida*, con base en la forma como su línea editorial se refería a los yaquis: los marginados, los sin justicia. Mediante las 211 páginas de este volumen al cual me he tomado la libertad de llamarle TREN/CAMINO, nos enfrentamos a ciertos temas sustanciales:

La vida de los yaquis en las haciendas henequeneras, apartado en el que no evitamos pasar a saludar en nuestro recorrido el *México bárbaro* de John K. Turner y a las *Mujeres yaquis* de Jane Holden Kelley. Estos saludos nos ayudan a introducir el contexto de partida para un ahora más amplio recorrido. Importante es conocer este apartado porque se menciona una de las premisas en relación con el conflicto de la conservación de la identidad: “Por aniquilación de elementos culturales a los deportados les fueron quemadas sus ropas y cambiadas por el clásico atuendo maya” (p. 30).

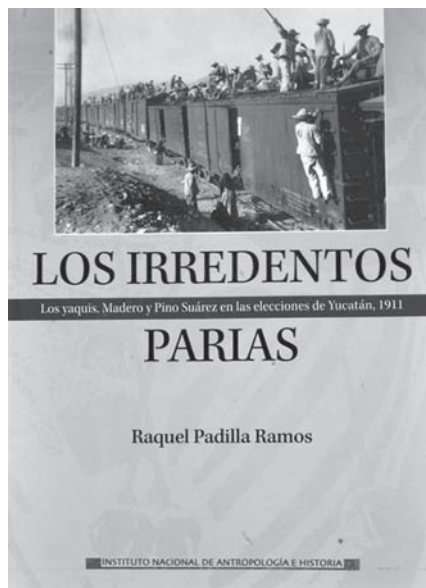
Una de las intenciones de Raquel Padilla con el libro que nos ocupa es la de recuperar el conocimiento de la vida cultural cahíta en el lugar del destierro. Hay que entender que el grupo yaqui se afirma en su

quehacer constante, donde su religión, su deber, su milicia, su espacio, su agua y su tierra lo constituyen como el *ser* mismo. Él es su tierra, él es su agua, él es su costumbre. De allí la importancia de pensar en la estrategia para mantenerse como tales fuera de su tierra y lejos de los suyos, quizá porque al final, sin afanes de poesía ni sensiblería, la esperanza se mantuvo por estar tan cerca de sí mismo.

Y donde parece ser que no hay peor guerra que aquélla de las otredades, donde el que pierde su afirmación se derrumba... Esto me remite a un pasaje personal, en el que a los 17 años, sentado frente a los cerros y cerca de la vía en el pueblo yaqui de Vícam, platicaba con unos de mis amigos –de apellido Bacasehua, que en lengua *jiak* quiere decir “carrizo en flor”– respecto a la idea de irse del pueblo con la consigna de progresar. Mi amigo, serenamente, me dijo mientras señalaba los cerros: “Yo no tengo por qué irme. Todo esto es mío y a todo esto pertenezco”. Claro está que él se quedó y yo me fui. Ahora constato que el progreso no es más que una idea muy cara que se paga con muy altos intereses.

La autora presenta un apartado al que de mayor manera se percibe de evidencia sensible, tanto en el tópico como en el discurso, donde se lee la redacción de mujer –sin intenciones sexistas– y aun más la observación de una mujer que es madre en lo referente a los niños en “Los angelitos de Dios” y “Las mujeres”. En el punto sobre los infantes la autora recurre, entre otros, al *Boletín Estadístico de Yucatán*: investiga causas y cifras respecto a la mortandad infantil y señala las anomalías de algunos registros. Tal es el caso del suicidio por arma punzocortante de una niña de 25 días de nacida.

En el apartado titulado “Las mujeres” se retoma un pasaje de anécdota de la pluma de Ricardo Flores Magón, que fue motor de inquietud en la autora:



Ella y los otros infelices se hallaban acampados, allí, esperando la llegada de un barco que los llevara a Salina Cruz. Imagínense a esta madre yaqui, meciendo a su hijito en los brazos, cantándole canciones de cuna en voz baja. De cuando en cuando se inclina tiernamente sobre el niño adormecido, y le roza la cabecita con los labios mientras las ardientes lágrimas le ruedan por las mejillas. De repente se alza, coge al niño por los pies, lo balancea en el aire describiendo un arco aterrador y aplastándole la cabecita contra la piedra, le hace saltar los sesos. Horrorizados, los soldados se acercan corriendo hacia ella. Lanzando un grito salvaje de “¡Libre!, ¡libre!” les entrega el cuerpecito. Mejor que verlo crecer esclavo, prefirió darle la libertad eterna (pp. 67-68).

A estas alturas la autora sostiene que la actividad más importante de la mujer yaqui fue ser la reproductora principal de su cultura, transmisora de ritos, lengua y añoranzas. Los yaquis jugaron –jamás dicho en el sentido de la ociosidad– el papel del camino a la libertad y la repatriación. Para ello se incorporaron a la traicionada Revolución, jugando sus armas y estrategias, imantados

por su elemento natural, que es la tierra misma, y las demandas que siguen en pie, dicho sea de paso. El libro de Raquel Padilla busca ser preciso y enfático con la práctica política de Madero y Pino Suárez, donde en toda la extensión de la palabra se utiliza a los “yaquis expulsos para sus fines electorales” (pp. 202-203).

Me detengo un poco a señalar que dentro de las virtudes de *Los irredentos parias* hay varias invitaciones:

- a) Conocer las condiciones culturales de la etnia en el destierro y los métodos de resistencia para la preservación de su cultura.
- b) Entender a la mujer como clave de transmisión de la cultura, entendida como el quehacer y el pensar, la tradición, la cosmovisión, los anhelos y la defensa de la lengua.
- c) Trazar líneas de estudio y ejercer crítica sobre notas estadísticas, al confrontarlas con su contexto.
- d) Profundizar en el estudio de las notas de prensa desde su comparación con otras líneas editoriales, sus orientaciones retóricas y el análisis de las mismas sobre la realidad de los contextos que las producen.

Consideremos, pues, en síntesis dos palabras que serían la sintagmática general del libro: usos y abusos DEL y CONTRA el yaqui, donde éste, al ser consciente de los mismos, opta por manejar su estrategia de resistencia y retorno. Atendiendo a la actualidad, en sus usos y *Abusos de la memoria* el pensador búlgaro Tzvetan Tóodorov advierte el doble filo que implica la memoria histórica. Uno de ellos es el de la victimización, con lo que surge un “revire” histórico mediante el cual la víctima se permite ser un victimario, o el del análisis consciente de los procesos sociales. En lo personal recomiendo el segundo, a modo de unirme al testimonio de doña Ricarda León, una mujer yaqui que vivió el doloroso drama histórico del sueño de la repatriación: “Dios es muy grande y no distingue entre el yaqui y el yori... Dios, cuando quiere ayudar, ayuda”.